

El espíritu de Loyola en la conquista de América

Escribe: GERARDO PAZ OTERO

En la escuela primaria aprendimos de memoria que nuestra América fue conquistada en el Norte por franceses e ingleses y en el Sur por españoles y portugueses. Esta apreciación histórica es válida en cuanto a la conquista material de los nuevos territorios, su invasión y anexión a las distintas coronas europeas; que no en cuanto a la conquista espiritual de los aborígenes.

Pero esa misma conquista material no obedeció a planes políticos militares debidamente estudiados: expediciones heterogéneas, unas con elementos castrenses acompañados de aventureros; otras integradas con hombres de iniciativas, marineros audaces, exploradores, etc., dábanse a la vela en diferentes puertos de Europa en trance de excursión hacia las tierras desconocidas y prometedoras; y así fue muy diversa la suerte que corrieron los aborígenes, según la calidad de hombres que invadían sus lares y según los métodos empleados para someterlos; sistemas que en veces ponían en colisión a los mismos conquistadores entre sí.

Otros fueron los conquistadores espirituales del nuevo mundo, otros los ideales que los atraían, otras las armas empleadas y otros los comandantes que los dirigían.

En pos de los primeros invasores llegaron a la América salvaje las brigadas de un Domingo Guzmán, de un Agustín, de un Ignacio de Loyola, de un Francisco de Asís y de un Vicente de Paúl, equipados con las invictas armas del evangelio cristiano.

La diversidad de criterios y de sistemas de los conquistadores materiales y los culturales hicieron muchas veces inevitables pugnas entre tan encontradas finalidades; pasemos rápida revista a las actividades desplegadas por los Caballeros de Loyola en Norte y Suramérica en desarrollo de su plan misional encaminado a lograr la cristianización y la aculturación de los indios para bien de la civilización occidental.

En la exposición de los hechos seguiremos al célebre filósofo publicista alemán René Fullop Miller, quien dio a conocer en Viena la documental historia cultural y espiritual de la Compañía de Jesús, intitulada "Macht

und Geheimniss der Jesuiten" (poderío y misterio de los jesuitas); esta obra ha sido reconocida por la crítica confesional de católicos, protestantes y judíos, como el más completo e imparcial juicio biográfico sobre historia, obra cultural e influencia espiritual de los hijos de Loyola en el nuevo mundo, con sensacionales revelaciones relativas a las luchas por ellos libradas en Amerindia.

En el primer decenio del siglo XVII principió también en Inglaterra aquel movimiento que mucho tiempo antes se había iniciado en España y Portugal; gentes amigas de la aventura se embarcaban con rumbo al nuevo mundo ansiosas de cambiar las poco satisfactorias condiciones del vivir europeo, por la grata seducción de un suelo virgen.

En un comienzo fueron emigrantes puritanos que ante la presión de la persecución religiosa se dirigían a Norteamérica; pronto siguieron su ejemplo, y por análogos motivos, los partidarios del papado. Fue sir George Calvert, (el más tarde lord Baltimore) quien organizó la primera expedición católica británica, teniendo como a sus más decididos colaboradores a los padres jesuitas Parsons y Blount.

Desembarcaron al norte de Virginia y llamaron a su nueva colonia Mariland; en el rudo trabajo de levantar chozas, hacer laborable la tierra, talar los bosques y buscar su diario sustento en la caza y la pesca tomaban parte activísima los misioneros emulando con los colonos en esfuerzos y fatigas.

Cerca de la desembocadura del Potomac, relata el padre White, llegamos a un más pequeño río, al norte, tan grande como el Támesis; sobre una de sus riberas establecimos nuestra fundación y nuestras plantaciones, en la otra orilla habitaba el rey Chitomachón, venerado por sus subalternos como un "tayac", que quiere decir cacique de caciques.

Tanto él como su tribu desconfiaba de los intrusos blancos que habían tomado amplia posición de sus selvas u estepas; al Dios de que hablaban los misioneros lo consideraban como demonio maligno, enemigo de los indios; esta la razón por la cual los pielrojas en 1570 asesinaban a cuanto religioso intentaba predicarles el evangelio.

Los colonizadores ingleses en suelo americano se habían defendido hasta entonces de los asaltos de los indios aplicando una verdadera ley del "Talión" y para vengar a sus compañeros caídos fusilaban a cuanto indígena veían por la región.

A pesar de tan crueles represalias no se lograba contener las feroces hostilidades de los pielrojas. En estas circunstancias, los jesuitas solicitaron la aplicación de otros sistemas para mover a los indios a la convivencia: afanáronse primero en aprender el dialecto indígena, cuando lo lograron planearon una excursión al territorio enemigo, llevando como único armamento, anzuelos de pescar, agujas de coser, utensilios domésticos y golosinas.

Así equipados cruzaron el río y un buen día se presentaron al campamento enemigo; fácil les fue a los misioneros explicarles el motivo de su visita, familiarizarlos con el uso de los anzuelos y de las agujas, e im-

presionarlos con los regalos, trabando tan buena amistad que en breve pudieron iniciar sin obstáculos su apostolado con el sorprendente resultado de que el mismo cacique expresó el deseo de hacerse cristiano, y ante los tinosos consejos de los religiosos accedió a separarse de sus muchas mujeres conservando solo una, en cuya compañía y de sus hijos se trasladó a Maryland donde se hicieron bautizar.

De similar manera propagaron los jesuitas la fé católica entre las tribus vecinas, y ante el asombro de los colonos, acostumbrados a confiar únicamente en el poder de las armas, los indígenas testimoniaron el éxito del nuevo sistema, pues acudían espontáneamente en busca de los anzuelos, las agujas y los dulces; y así, mediante el trato amable y justo fue posible enseñarles a los indios el uso de las modernas herramientas agrícolas y utensilios domésticos, para conservarlos en la legalidad y el trabajo provechoso.

Pero la concordia así establecida entre colonos y religiosos no duraría mucho tiempo; con el incremento de nuevos emigrantes escaseaban las tierras laborables disponibles y principiaron a echarse miradas codiciosas hacia el feudo que los agradecidos indios les habían obsequiado a los misioneros; las autoridades de Maryland aprobaron una ley ordenando el secuestro de la propiedad; pero los religiosos en esta emergencia demostraron sobre los civilizados europeos la misma superioridad que habían demostrado frente a los salvajes; y cuando las autoridades se presentaron a practicar el secuestro, se encontraron perplejos, pues la finca hacía mucho tiempo había cambiado de dueño.

Un sencillo recurso les permitía sortear las dificultades políticas, recurso cuyos méritos no dejaron de reconocer sus propios enemigos. Fundaban en todas partes donde era posible escuelas para los blancos y también para los indígenas; en Georgetown erigieron un seminario, el primer establecimiento católico de educación en todo el territorio de los Estados Unidos; centro de actividades culturales que se extendieron en Virginia, Delaware, New Jersey, Pensilvania, etc.; a su influencia se debe en gran parte la consagración en la constitución norteamericana del principio de libertad de pensamiento. Por eso en pleno siglo XX un senador yanqui declaró: "Los misioneros jesuitas durante las primeras colonizaciones de América empuñaron la herramienta de la educación y con ella lograron realizar un trabajo no superado de gobierno alguno en ninguna otra empresa civilizadora".

Simultáneamente con los ingleses en el siglo XVII desembarcaron en la costa oriental de Norteamérica los franceses, y allí en tierra de lo que es hoy Canadá fundaron la "Nueva Francia"; con los emisarios de las compañías comerciales francesas arribaron algunos jesuitas, y uno de los primeros edificios construídos en la nueva colonia de Quebec fue el colegio de la compañía.

Bancroft en su "Historia de los Estados Unidos" escribe: "El origen de todas las ciudades en la América francesa está íntimamente ligado al trabajo realizado por los misioneros; no hubo región explorada ni río descubierto sin que los jesuitas hubiesen preparado el camino".

En sus sencillos hábitos negros, con el equipaje a las espaldas marchaban en incansable caravana por estepas y nieves, por rocosos desfiladeros, por entre selvas intransitables para llegar hasta las más retiradas tribus salvajes. En esas excursiones llegaron los padres Marquette y Lolliet, de primeros blancos, al legendario río tan ponderado por los indios y lo navegaron en improvisados botes, aguas arriba hasta la altura de New Orleans. Hoy dos estatuas en el capitolio de Washington atestiguan la hazaña de ese par de descubridores del Misisipí.

Los indios de la selva canadiense fueron ganados con los mismos medios aplicados por sus hermanos de orden en el sur; los resultados de esta política de bondad los exaltó el marqués de Dononville en el informe rendido al gobierno de París en los siguientes términos: "Solo los misioneros pueden apaciguar las salvajes tribus; solo los padres están en condiciones de rescatarlos para nuestros intereses y mantenerlos alejados de la rebelión que cualquier día puede estallar.

Con base en mis propias observaciones estoy firmemente convencido de que los jesuitas son la gente más apropiada para lograr la pacificada convivencia con los indios que es a lo que debemos aspirar".

La conversión al cristianismo de los hurones, tribu de 25 mil indios, les resultó a los hijos de Loyola más difícil que la del gran Chitomachón, ganado, como ya vimos con anzuelos y delicadezas, no obstante las buenas migas que hicieron con el padre Berebeuf a quien le construyeron bella mansión y no lo dejaron regresar.

Tribu bondadosa, pero sensual, cuando los religiosos sin mayor trabajo los catequizaron no lograban comprender cómo el Dios de los blancos podía exigirles renunciar a todas sus mujeres reservándose solo una. Por eso un inteligente misionero decía: "No experimento ningún escrúpulo al pensar si aún no es llegado el momento de hablarles un idioma diferente, de anunciarles que es un deber el frenar los placeres de la carne, y mantener sagrado el matrimonio. Si les predicamos todo esto y les pintamos el supremo juicio final con sus castigos eternos para los pecadores, me temo que entonces ellos se sublevarán contra esta dura religión".

Solo con halagos adecuados a la mentalidad indígena podrían preverse cambios radicales, y así el padre Berebeuf y colaboradores vinieron a la idea de mover a los indios a aceptar tan extrañas costumbres e insólitos principios cristianos, festejando pomposamente el matrimonio de todo salvaje que se decidía a tomar una sola mujer conforme al rito católico; obsequiaban a la joven pareja el vestuario de la boda, una piel de res que debía servirle como tálamo nupcial, y la suficiente carne para la celebración de gran festín; los desposorios celebrábanse vistosamente, se adornaba la rústica capilla con flores y candelabros e imágenes de la Virgen; tan solemnes ceremonias, nunca vistas entre los indígenas, algo influirían para que los pielrojas en lo sucesivo considerasen más llevadera la unión cristiana con una sola mujer.

En 1639 fundaron los jesuitas en pleno territorio de los hurones la Estación Misional de Santa María de Huron, desde donde se difundió el catecismo a más de 15.000 indios; al mismo tiempo gran número de niños

eran enviados a estudiar en Quebec en escuelas religiosas; sin cesar aumentaba el número de los conversos y los misioneros esperaban en breve tiempo tener bautizada toda la tribu.

Pero los ingleses no estaban dispuestos a contemplar pasivos la continua expansión del poderío francés en Norteamérica; la antigua rivalidad entre Inglaterra y Francia condujo también en el Nuevo Mundo a sangrientos encuentros, con el agravante que los colonos británicos incorporaron a sus milicias a los iroqueses obligándolos a combatir contra los hurones aliados de los franceses.

Los indios iroqueses, en superioridad numérica y mejor armados abatieron a los hurones, que en esta triste emergencia tampoco fueron abandonados por los jesuitas quienes expusieron sus vidas en esa lucha a muerte aconsejando, asesorando y compartiendo con ellos las más sangrientas refriegas, pues cuando caían prisioneros, con mayor saña tomaban venganza en ellos haciéndolos sus esclavos, o los despellejaban, los quemaban vivos y torturaban hasta morir.

Martirios atroces que no amedrentaron a sus hermanos en la orden, y más bien sirviéndoles de estímulo para emprender la arriesgada tarea de atraer hacia el cristianismo a sus propios implacables enemigos; fue tal la bondad y el talento desplegado por los padres prisioneros que terminaron estos salvajes queriéndoles y obedeciéndoles ciegamente.

Esta sorprendente estrategia de la dulzura para conquistar las almas desconcertó a las autoridades coloniales británicas, y en su loco empeño por exterminar a esos religiosos que calificaban de irresponsables agitadores llegaban hasta ofrecerles a los indios gruesas sumas de dinero por los misioneros que tenían prisioneros, sin éxito alguno, pues la simpatía y la fe despertadas por esos padres en los corazones indígenas, fueron reconocidas en pública ceremonia ritual a usanza salvaje y ofrecida por el cacique Onendagas con estas palabras: "Informa a los blancos que nosotros estamos dispuestos a reconocer aquel Dios de que tú nos hablas. Tú mismo puedes establecerte en estas tierras; cuida de nosotros como un padre y nosotros te obedeceremos como sus hijos".

Donde quiera que los conquistadores españoles y portugueses asentaban sus planes, seguíanles los padres jesuitas como sus mejores asesores: si se trataba de explorar desconocidas regiones, eran ellos los que se manifestaban listos a la empresa, si de formalizar tratados de paz o alianza con los indios, eran ellos sus mejores mediadores por conocer el dialecto y gozar de general confianza ante los caciques.

En México fueron los jesuitas los primeros que se arriesgaron a internarse entre las aún no sometidas tribus; cuando los padres avanzaban temerariamente por los laberintos de la selva, de Tarahumara, los indios, ante su proximidad huían a las cuevas y escondites rocosos, pues en ninguna parte fue más firme la desconfianza de los nativos hacia los europeos que en México, donde un siglo antes el "salvador blanco" había asesinado a millares de antepasados.

Con esto, la táctica de la bondad tampoco falló aquí sus ideales fines: el padre Galndor, verdadero apóstol entre bárbaros, logró que los aztecas

periódicamente abandonasen sus escondites montañosos y bajasen a la llanura a escucharle sus oraciones y sus demostraciones de vida civilizada.

De México penetraron los religiosos a Arizona, California y Texas; el misionero alemán Huhn exploró la región norte del río Colorado e hizo estudios cartográficos de la Baja California; quiso el destino que más tarde hombres codiciosos, pistoleros y profanadores de la Iglesia sembraran el terror en toda la región; Roberto Luis Stevenson, cien años más tarde pronunció palabras de reconocimiento a las actividades desarrolladas por la Orden de Loyola en California: "Así de mal se comportó, dijo, nuestro protestantismo anglosajón frente a la obra de la Compañía de Jesús".

En el Perú y Bolivia lograron los religiosos descubrir más de cien pequeñas tribus hasta entonces desconocidas, las reunieron en poblaciones compactas, les enseñaron el cultivo de los campos, la crianza del ganado, la construcción de casas, las industrias domésticas y con sus medicamentos europeos los ayudaban a curar enfermos y heridos. También reunieron celosamente los restos supérstites de la vieja cultura inca, labor en la que se distinguió especialmente el padre Blas Valera, de descendencia indígena; y en Lima instalaron en su propio colegio una imprenta donde se editaban libros y gramática sobre el lenguaje quechua.

En el Brasil el padre Anchieta se dio al laborioso empeño de buscar en tan extenso territorio las esparciadas tribus para organizarlas entre sí en acción cristianizadora; vivió con ellas en forma nómada observando las diferentes modalidades de sus lenguas, de cuyo estudio comparado vino a la original idea de eliminar mediante un coordinado trabajo las diferencias dialécticas suramericanas y poder llegar así a la creación de un idioma común para todo el continente.

Sobre esta aspiración escribía Alexander von Humboldt: "me pareció muy razonable, se intentaba hacer lo mismo que los incas o su sacerdote rey realizaron siglos antes entre las tribus bárbaras que habitaban el alto Amazonas para mantenerlas bajo su poderío y humanizarlas".

Fue este mismo padre Anchieta quien sirvió de intermediario entre indios y blancos: con motivo del levantamiento de una tribu se dirigió al territorio enemigo y se ofreció como rehén para demostrar la pacífica intención de los blancos.

En 1690 el arzobispo de La Plata escribía al rey de España: "Lo que no se ha logrado en muchos años de lucha, con poderosas escuadras y enorme erogación de dinero, lo lograron los jesuitas en corto tiempo, sin otra ayuda que su celo. De enemigos hacen ellos amigos, de los pueblos salvajes e indómitos hacen obedientes súbditos de V. M."

También las autoridades coloniales reconocían la valiosa ayuda de la religión sin dejar de ocultar cierta desconfianza; les era claro a los colonos que la propagación del cristianismo entre los infieles salvajes resultaba favorable a sus lucrativas perspectivas; una vez ganados para la Iglesia, pensaban ellos, les sería más fácil hacer de los desconfiados y huraños aborígenes seguros y sumisos esclavos, siempre y cuando que los religiosos se limitasen a esa misión elemental.

El clero español y portugués hasta entonces solo excepcionalmente había procedido contra la esclavitud; se recordaban las palabras de San Pablo: "Eres tú llamado siervo, no te preocupes", y también Santo Tomás de Aquino y San Antonio de Florencia admitían la esclavitud; pero los jesuitas podían apoyarse en San Agustín que había escrito: "No debe dominar el hombre sobre el hombre, sino el hombre sobre la bestia"; por eso Montesquieu en su "Espíritu de las Leyes" decía: "Es una gloria para la Sociedad de Jesús, el haber demostrado por primera vez en el mundo cómo es posible una alianza entre religión y humanidad"; y para Voltaire las misiones en Amerindia representaban "Un triunfo de la humanidad".

Muy impopular por su política antiesclavista se hizo el padre Pedro Claver en Cartagena, principal plaza comercial para el tráfico suramericano de esclavos, donde frecuentemente grandes transportes navales desembarcaban su carga humana recolecta en Africa, y con ansiedad esperada por los mercaderes encargados de abastecer de brazos esclavos las minas y plantaciones del interior.

Ya era costumbre bautizar a los negros al desembarcar como requisito previo para poderlos dar al comercio, y esta formalidad era cumplida en forma rutinaria por los mismos interesados para no entorpecer las transacciones.

Trabajo y largas prédicas costó a Pedro Claver convencer a las autoridades para promulgar un decreto prohibiendo la venta de todo nuevo esclavo hasta tanto no fuese instruido suficientemente en el catecismo, enseñanza que Claver supo establecer en forma personal y dilatada para los miles de negros, con grave perjuicio para los traficantes en pérdida de tiempo y dinero.

Apenas se anunciaba en la bahía la presencia de un nuevo barco, Pedro Claver se apresuraba a abordarlo obsequiando a tripulantes y esclavos con toda clase de productos naturales; eran calamitosos los cuadros observados por el padre en las bodegas donde yacían los negros hacinados entre cadáveres y enfermos.

La forma como los bautizaba era también poco común: en la capilla destinada a la celebración, el altar consistía en un cuadro representando a una multitud de negros bautizados como bienaventurados hijos del Señor; ante su presencia los neófitos adquirían la impresión psicológica de ser algo más que los inmundos animales de trabajo a que eran dedicados después de la cristianización. Pero en verdad el padre no los abandonaba a su suerte luego de negociados, recorría el país en periódicas visitas confortándolos; e intentó obtener de las autoridades una reglamentación garantizándole a los esclavos horas libres para la instrucción en la religión, medida que igualmente representaba para los amos disminución de las ganancias.

Igualmente tensas poníanse las relaciones de los colonos con los misioneros en tratándose de la suerte de los indígenas, y el celo desplegado para protegerlos era mirado como exageraciones en lo atinente a la caridad y el amor al prójimo e intromisiones en órbitas distintas.

El conflicto se presentó primero en Canadá, donde los misioneros habían cimentado su prestigio en la sangre del martirio. Allí la venta de

bebidas alcohólicas constituía una de las más importantes rentas del gobierno de Quebec, por lo cual los jesuitas apelaron a las autoridades en solicitud de la prohibición del expendio de alcohol a los indios en nombre de la misericordia cristiana.

Las autoridades en principio atendieron la solicitud de los religiosos, el Supremo Concejo de Quebec promulgó un edicto prohibiéndole a los indios la embriaguez, medida que no satisfizo a los misioneros, quienes pretendían que el gobierno sancionase a los colonos severamente por la venta de embriagantes a los indígenas, punto de vista que pareció inaceptable a estos.

Desatendidos así, los padres apelaron a los nativos inculcándoles que el "aguardiente" los llevaría al infierno, y que era un ardid de los blancos embriagarlos para entregarlos al demonio; esta especie logró su éxito psicológico entre los pielrojas, quienes se tornaron hostiles con los traficantes y expendedores de bebidas alcohólicas, enemistándose especialmente con el gobernador de Frontenac por ser accionista de una gran industria licorera.

El gobernante consideró como lindante en alta traición esta táctica de los misioneros, y la denunció ante las autoridades de París sin resultado alguno, pues el padre La Chaise, confesor personal del rey, no omitió mover al monarca en favor de los jesuitas, terminando así la investigación del tribunal real con una total rehabilitación de la orden en el Canadá.

Previsivos estadistas parisienses no desconocieron en verdad el peligro que tenía para los intereses comerciales la ley seca exigida por los jesuitas; el ministro de marina de Lyon aceptaba que la medida se inspiraba en un sano principio cristiano pero a la postre resultaría ruinosa para el comercio, toda vez que los indios ya acostumbrados a la bebida, en lo futuro no nos venderán sus finas pieles de castor, pues irán a buscar a los holandeses de Albany quienes les ofrecen en trueque buen coñac.

Formas más violentas adquirirían las discrepancias entre colonos y religiosos en las posesiones españolas portuguesas, donde prosperaban en aquellos días como el más lucrativo de los negocios el trato de indios esclavos que eran cazados en las selvas y realizados en el gran mercado de Río de Janeiro; otro válido medio para obtenerlos era azuzar a las tribus en mutuos combates, para luego a cambio de tabaco, jabón, etc., apropiarse de los prisioneros.

Contra todos estos excesos se pronunciaban en público los padres llegando en veces a reconocerse abogados de los indios; así el padre Anchieta, con ocasión de un armisticio que él había propiciado entre portugueses y tumuyos insurrectos, los apostrofaba en plena plaza de Río: "Les habéis atacado a pesar del convenio, y ellos os han hecho esclavos a pesar del derecho natural".

Este Anchieta fue quien versificó un drama satírico sobre los vicios de los colonos y el comercio de esclavos, y lo llevó a escena con actores nativos; estas habilidades literarias debilitaban considerablemente el necesario respeto de los salvajes para con los blancos, y estimulaban la indignación de los portugueses.

Así se inculcó a los hijos de Loyola de hacer causa común con los indios, de desacreditarlos ridiculizando sus vicios para socavar la suprema autoridad real; un detractor llegó a afirmar que la orden se proponía nada menos que establecer un reino indígena independiente bajo su propio dominio.

En el Paraguay los jesuitas, con base en la profunda observación de las capacidades y las debilidades de los nativos, realizaron un verdadero Estado comunitario, tal como la humanidad, después de muchos siglos ha considerado el ideal de la vida colectiva. Todas las utopías predicadas por la economía comunista se encontraba actuando en ese Estado: comunidad de producción y consumo, eliminación del desastroso patrón oro-moneda, igualdad general ciudadana, reducción de las necesidades materiales, protección adecuada de ancianos, enfermos, viudas y huérfanos, servicio laboral general obligatorio de ocho horas diarias, educación estatal de los niños, libre elección de oficios, etc.

También en lo administrativo satisfacía este Estado indiano las modernas exigencias democráticas, pues allí los ciudadanos no formaban una masa dominada por *elites* oligarcas, ni por empleados autócratas; antes bien, la libertad del pueblo solo encontraba limitación en tanto así lo exigían los intereses de la comunidad; las autoridades y empleados nativos libremente electos de esa república no eran otra cosa que desinteresados servidores del bien público.

La propiedad privada no estaba totalmente abolida, y al lado de la tierra comunal existía la propiedad individual, la que no podía ser adquirida mediante tráfico de influencias, ni acumularse extensivamente en detrimento de la comunidad.

Toda esa organización se había logrado sin aplicación de fuerza, sin violencia, a satisfacción de los interesados; estas las diferencias y ventajas frente a similares experimentos de nuestros días que a pesar de las innumerables víctimas continúa siendo una escrita utopía, y el Paraguay indígena fue Estado ejemplar por ciento cincuenta años.

Un tal Estado construido sobre el derecho humano de los indios, en el centro de un territorio colonial cuya principal industria era el trato de esclavos, no podía menos de ser mirado como un arrogante reto; por fortuna fueron estos independientes paraguayos quienes pusieron fin a la costumbre de los cazadores de hombres, que de haber subsistido habría frustrado la civilización europea en Suramérica.

Mamelucos denominábase una horda de mestizos descendientes de maulentes europeos cruzados con indios, que se daba a imponer el terror en las regiones con robos, saqueos y asesinatos. Las autoridades coloniales creyeron indicado movilizar estas bandas contra las pacíficas reducciones de indígenas formadas en torno a la fundación de los jesuitas.

Así entraron fuertes pandillas de mamelucos al Paraguay, se apoderaron de cuanto nativo vivo encontraron para venderlo en los puertos, reduciendo al servilismo, a principios del siglo XVIII, a más de sesenta mil indios redentos.

En verdad los jesuitas habían obtenido del Papa un Breve excitando al gobierno del Brasil para poner fin a esas crueles actividades, so pena de excomunión, pero como el vandalismo favorecía los intereses de las carcerías humanas y compraventa de esclavos, el Breve pontificio naturalmente no fue tenido en cuenta.

En estas circunstancias el padre Montoya, director de las amenazadas reducciones llegó a la convicción de que también el Reino de Cristo podía repeler las armas con las armas, solicitó y obtuvo del rey de España el permiso para equipar a los indios, convenciéndolo de que un tal ejército prestaría buenos servicios a la corona.

Fue entonces cuando aquella original república del Paraguay, iniciada como "un coro de cantores indígenas" se convirtió en poderoso Estado. Los padres crearon un fuerte organismo militar, armaron a los nativos en todo el territorio, establecieron talleres para fundir cañones y fabricar fusiles; un estado mayor de caciques comandaba las tropas, que vestían uniformes y portaban armas a la usanza española de la época, y realizaban en presencia de los religiosos revistas en las que desplegaban tanto coraje y entusiasmo, que a veces los jefes hacían tocar a retirada para evitar desgracias personales.

Un piquete de caballería montada recorría constantemente la región, vigilaba los pasos estratégicos, y en casos de peligro informaban a los comandos en capacidad de movilizar 30.000 jinetes que sabían manejar el arcabuz, esgrimir el sable, formar escuadrones y maniobrar correctamente.

Pronto tuvieron estas fuerzas de choque la oportunidad de demostrar su capacidad bélica: cuando en lucha contra los portugueses fue sitiada la fortaleza de San Sacramento, la república del Paraguay proporcionó al comandante español en el término de dos días todo un cuerpo auxiliar de caballería y francotiradores que se tomaron el fuerte; razón tenía Felipe V en llamar a esa armada el "Bastión militar de España" en Latinoamérica.

Lamentablemente intereses creados obligaron posteriormente a hispanos y lusitanos a declararle la guerra a la república de los jesuitas, pero la superioridad y espíritu combativo en causa justa de las formaciones indígenas obligaron a ambos enemigos a la celebración de un armisticio.

La creciente hostilidad de colonos y autoridades contra la Compañía de Jesús empleaba cada día tácticas más vedadas en el ánimo de mover a la corona a un proceder enérgico y definitivo; sus gratuitos enemigos completaron la difamación con nueva acusación cuya eficacia no les fallaría: se propaló la especie de que los misioneros en todas las colonias habían descubierto fabulosas minas de oro que mantenían ocultas explotándolas en su exclusivo provecho; y se idearon toda clase de subterfugios para demostrar la veracidad de la calumnia que hizo carrera despertando la avidez en todo el régimen español desde los ministros hasta el último empleado.

En la Europa católica prosperó la enemistad general contra la orden de Loyola, en 1759 fue expulsada de Portugal y en 1766 de España; su expulsión de las colonias sirvió precisamente para demostrar las falacias y reivindicar el honor de los misioneros.

Así por ejemplo, Humboldt a quien debemos considerar imparcial en estos asuntos, escribía desde Bogotá: "Cuando los jesuitas fueron detenidos en Santa Fe, los sicarios que requisaron el convento no encontraron los montones de piedras preciosas, ni las esmeraldas del Muzú, ni las barras de oro del Chocó que según los detractores poseían y ocultaban; pero la maledicencia inventó la falsa especie de que los cautelosos padres habían aleccionado a sus fieles sirvientes indios para que ocultasen los tesoros en el salto de Tequendama donde permanecieron a buen recaudo hasta el restablecimiento de la orden".

Los templos, talleres, colegios y conventos fueron destruídos, abandonados o incautados: sobre la suerte que corriera la biblioteca establecida por los jesuitas en el Paraguay, un historiador protestante dijo: "Tuvo esta preciosa colección de libros el mismo destino que la célebre biblioteca de Alejandría. No fue un Omar ni ninguno de los bárbaros del Gran Chaco quien la destruyera; fueron cristianos los que tal hicieron, parientes espirituales de aquel Teodosio que hizo destruir la colección de Alejandría; ellos hicieron con gran parte de los escritos de los jesuitas cartuchos y envolturas, y me pasó lo que al historiador Orosio que solo encontró los anaqueles vacíos".

Cuando al finalizar el siglo XVIII los gobiernos católicos europeos se coaligaron contra quienes habían sido sus más eficaces diplomáticos, cuando aún el mismo Papa Clemente XIV ordenó la disolución de su "Caballería ligera", en ningún momento dejó de existir la Compañía de Jesús, pese a edictos reales y breves pontificios.

Federico el Grande, tan pronto fue conocido el Breve "Dominus ac Redemptor" hizo saber al Sumo Pontífice que con la anexión de las provincias de Silesia por la guerra de siete años, había prometido la conservación de la orden religiosa en ellas existente, no pudiendo, por lo tanto, consentir en su abolición. "Como yo pertenezco a la clase de los herejes, escribía el viejo Fritz con volteriano cinismo, el Santo Padre no puede dispensarme el deber de mantener mi palabra, como obligación de un hombre honrado y de un rey".

En realidad el monarca alemán no estaba dispuesto a renunciar a las escuelas públicas de los jesuitas en Silesia, por no verse obligado a sustituir a los nada onerosos institutores religiosos, por costosos pedagogos alemanes.

Igual procedió Catalina II: con motivo de la primera desmembración de Polonia, en 1772 pasó a ser dominio de los zares la Rusia Blanca donde funcionaban muchos colegios jesuitas; cuando el nuncio intentó obtener de la reina la promulgación del Breve, esta le manifestó haberles prometido tolerancia a los jesuitas; y además consideraba como su principal deber la educación popular, no pudiendo privarse de una orden que con tanto celo se dedicaba a tal actividad.

Allí refugiados en suelo germano y ruso esperaron confiados la derogación del Breve que su Santidad Pío VII pronunció en 1811.

En esencia los sistemas educativos de los hijos de Loyola por aquellos tiempos anhelaban armonizar orgánicamente la manera de pensar de la escolástica medioeval con las nuevas aspiraciones humanistas, de tal suerte que ratificándose la autoridad de la Iglesia se garantizase también el libre campo de acción en la actividad espiritual de las futuras generaciones.

Que la instrucción así impartida por los jesuitas a través de los siglos ha sido saludable para la cultura mundial, lo confiesa el mismo Voltaire, "como un triunfo de la humanidad", y en la era de Luis XIV escribía sobre sus propias experiencias en el Colegio Clermont: "¿Qué es lo que yo he observado de los jesuitas durante los 7 años que pasé bajo su techo? El más consagrado, ordenado y honesto modo de vivir. Todas las horas del día las dedicaban a nuestra educación y a la observancia de los rigurosos votos de su orden.

"Apelo al testimonio de miles de testigos que como yo solamente bondades y bienes recibimos en sus claustros".

Y Lamartine alude en bellas palabras a su adolescencia transcurrida en el colegio de los jesuitas de Ballay: "yo era amargado y áspero y me transformé en suave y dulce para poder someterme voluntariamente a un yugo que excelentes profesores supieron hacerlo ligero y amable.

"Todo su arte consistió en despertarnos el amor hacia lo bueno y saber dirigirnos a través de su propia voluntad y de nuestras propias aspiraciones.

"Nuestras almas habían encontrado las alas para enrumbarse hacia arriba, hasta la bondad y la belleza.

"Supieron hacernos la religión y el deber dulces y amables, embelesándonos en el amor de Dios...

"Todo lo lograban con esa misteriosa palanca cuyo punto de apoyo radicaba en nuestros propios corazones!".